

## ANTONIO DE VALBUENA, ILUSTRE ESCRITOR LEONES DEL SIGLO XIX

Por Simona Fernández Fernández y  
Joaquín Serrano Serrano

Nº 8949

ANTONIO DE VALBUENA, ILUSTRE ESCRITOR  
LEONES DEL SIGLO XIX

*N. B.: Las presentes notas son el esqueleto de lo que, en su día, fue la Memoria de Licenciatura (tesina) de Simona Fernández Fernández, presentada en Oviedo el 5 de julio de 1975, y en la que obtuvo la calificación de Sobresaliente por unanimidad. El trabajo fue luego notablemente ampliado por Simona Fernández y Joaquín Serrano para presentarlo a los Premios de la Institución leonesa "Fray Bernardino de Sahagún".*

## 1. PRESENTACION-MOTIVACION

En el n.º XIV de la revista "TIERRAS DE LEON", de diciembre de 1971, aparecen unas "Cartas de Antonio de Valbuena, Miguel de Escalada", preparadas y anotadas por el profesor francés Jean François Botrel. Son 14 cartas dirigidas a Valbuena por personajes de cierto renombre en su momento en el campo de las letras (Rodríguez Marín, Zorrilla), periodistas e incluso el cardenal arzobispo de Burgos. Botrel las aclara con 32 notas y escribe en las líneas de presentación: "Es de desear que en este centro de estudios leoneses se reciba pronto la noticia de nuevos hallazgos y se pueda así constituir un verdadero epistolario de Valbuena".

Podría tener —sin duda— su interés "constituir un verdadero epistolario de Valbuena", pero en los momentos actuales en que el desconocimiento del crítico es casi total —incluso en León—, pensamos que tiene mucha más urgencia dar una visión breve (por las necesidades editoriales de una revista) pero básica de este insigne hombre de letras. Dejamos para ocasión más propicia todo tipo de ampliaciones sobre su vida y obra.

## 2. APUNTES BIOGRAFICOS

Antonio de Valbuena fue un escritor leonés del siglo XIX que, al decir de Azorín, "tuvo en su tiempo una popularidad estrepitosa y acabó ignorado de todos" (1). "El Diario de León" del jueves 14 de marzo de 1929 (día siguiente a la muerte de Valbuena), en su edición de la tarde, en primera plana y a dos columnas, escribía, bajo el título de "Tributo debido" y firmado por "Un admirador": "Antonio de Valbuena fue un astro de primera magnitud... Este gran escritor deja un nombre glorioso en la Literatura española y entre los hombres célebres de León ocupará siempre un lugar preeminente". Y aún en 1973 escribía el profesor Martínez Cachero: "No resulta equivocado afirmar que el Clarín de los "paliques" y el Valbuena de los "Ripios" fueron en su día los críticos inmediatos más populares" (2). ¿Quién es este Antonio de Valbuena y cuáles son sus méritos?

Nació en Pedrosa del Rey, plena montaña leonesa, a 4 kms. de Riaño, en 1844. Su niñez transcurrió entre sus hermanos, sus maestros de escuela y el estudio del latín en la Preceptoría que la

(1) Según artículo conservado en un recorte de periódico, no sabemos cuál, dedicado a Antonio de Valbuena, bajo el título de "Escritores leoneses" y firmado por Azorín. Tampoco sabemos la fecha pero, posiblemente, sean los años 1944 ó 1945, ya que al dorso del recorte se habla de operaciones de la 2.ª guerra mundial y en el año 1944 se celebró el centenario del nacimiento de Valbuena, ocasión que pudo aprovechar Azorín para dedicarle un artículo.

(2) En la "Introducción" a su edición de "Palique", de Clarín, pgs. 33-34.

diócesis de León tenía en Riaño. A los 15 años se va al seminario donde aprende filosofía, teología y se aficiona a la lectura e imitación de los versos de Zorrilla. Acabada la carrera eclesiástica y sin ser ordenado sacerdote, cambia de orientación vocacional y se va a estudiar Derecho Civil y Canónico a Madrid, donde —igual que antes en León— compagina sus estudios con publicaciones en periódicos.

En 1870, a sus 25 años, obtiene en Vitoria la licenciatura y su primer destierro. Por su ambiente familiar, por sus estudios y quizá —sobre todo— por su carácter, militaba Valbuena en el campo carlista, en el que sobresalía por su sinceridad, su intransigencia y su compromiso. Dirigía el periódico "La Buena Causa", de matices fuertes, que contribuyó a suscitar la guerra carlista, pues cada número era una proclama bélica; las autoridades tomaron cartas en el asunto y Valbuena se vio obligado a cruzar la frontera francesa.

Dedicó sus primeros años de Licenciado más que a la abogacía, a la lucha teórica por el carlismo, con sus artículos, sus versos y las campañas electorales para diputado, en las que fue repetidamente derrotado. En junio de 1873 ingresa voluntario en las filas carlistas y en abril de 1874 es nombrado Auditor General del Ejército, cargo que desempeñó con lucidez e intransigencia hasta el fin de la guerra. En marzo de 1876 la proclama de Somorrostro pone fin a la contienda civil, pero el 28 de febrero el pretendiente carlista y sus seguidores habían cruzado la frontera con Francia, entre ellos nuestro Valbuena. Era el segundo destierro y tenía ya 31 años (3).

Cuestiones familiares le permiten volver a los 8 meses, y se queda en España dedicado ahora exclusivamente al periodismo. Tras una vacilante colaboración, entra de lleno en la redacción del periódico carlista "El Siglo Futuro", donde su nombre toma alas con las sección "Política Menuda" que simultanea con la "Miscelánea Política" en "El Imparcial". El mismo Clarín llegó a decir: "El autor de "Política Menuda" es el escritor que más me encanta y que más admiro".

Pero el salto definitivo a la fama lo dio en "El Progreso" con sus "Ripios Aristocráticos", a los que seguirán los "Ripios Académicos", "Ripios Vulgares", "Ripios Ultramarinos" (4 tomos), "Ripios Geográficos". Los primeros, los Aristocráticos, publicados en principio como artículos, tuvieron enorme audiencia y difusión hasta el punto de que, terminado el último artículo para el periódico, fueron editados (1883) en un tomo con tan gran éxito que alcanzaron seis ediciones en el resto del siglo y la 7.<sup>a</sup> en 1906.

No hacía más que empezar y ya tenía asegurado Valbuena un gran puesto en el campo de las letras. En 1885 entró a colaborar en otro prestigioso suplemento literario, "Los Lunes" de "El Imparcial", con una serie de artículos, dirigidos contra el Diccionario que la Real Academia de la Lengua acababa de editar en su 12.<sup>a</sup> edición; fueron en total 105 artículos, que luego recogió con el título de "Fe de erratas del Diccionario de la Academia" y que vieron hasta una 4.<sup>a</sup> edición.

Además de su labor crítica, Valbuena escribió también narraciones y poesías, pero en ninguno de estos apartados alcanzó la resonancia que como crítico.

Aparte de su obra literaria, a la que dedicaremos más atención en el apartado siguiente, nos interesan las otras obras y facetas de su personalidad. Toda su vida soltero, no echó raíces profundas en otra parte que no fuera su provincia León y su pueblo natal, Pedrosa del Rey. A ellos dedicó atención preferente; según sus propias palabras, "he logrado hacer construir más de trescientos kilómetros de carreteras para dar vida y comodidad a pueblos aislados; he logrado igualmente dotar de servicio diario de Correos a más de doscientos pueblos que no tenían ni habían tenido nunca servi-

(3) En términos generales seguimos, para esta primera parte de su biografía, las notas de D. Filemón de la Cuesta en la Introducción al libro "Valbuena y sus poesías" (1944).



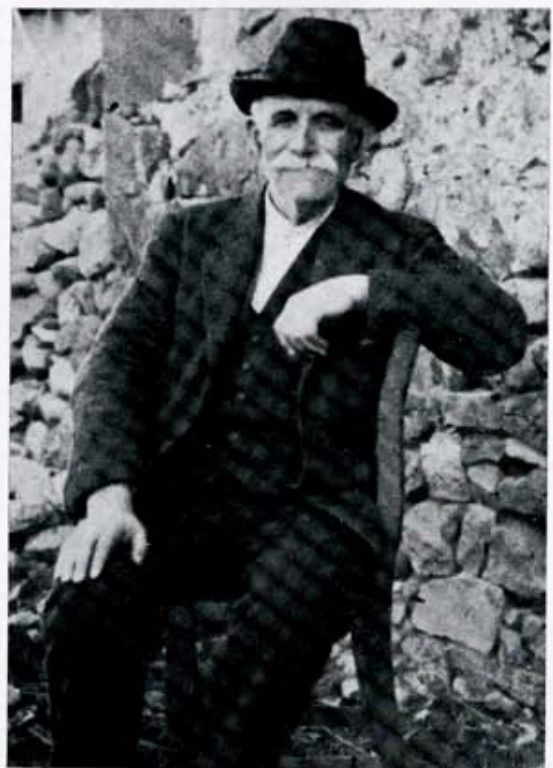
El estudiante de Leyes.



A los treinta y tantos años, en sus inicios de periodista.



Ya cincuentón y afamado crítico.



Su vejez en Pedrosa del Rey.



**"En Pedrosa del Rey, una mañana, vio la luz don Antonio de Valbuena..."**



**Escuelas de Pedrosa del Rey construidas por don Antonio de Valbuena.**

cio" (4). Eso a nivel provincial. A nivel local, construyó en Pedrosa las escuelas y el Ayuntamiento, y reconstruyó la Iglesia, cuya fachada es una obra de arte, el puente del siglo XVI de 48 metros de luz, la capilla, la casa rectoral...

Como hombre religioso, Valbuena era un producto de la sinceridad, la severidad y la intransigencia. Si hay algo claro a lo largo de su larga vida es su religiosidad. Ya de niño decía tener un gran amor a la Virgen, y murió cantando aquella canción que él compusiera: "Madre mía, que estás en los cielos...". Pero sus aristas le llevaron a chocar con varias autoridades eclesiásticas, incluso obispos, y el choque fue ruidoso (5). Pero todo lo hacía con la más plena convicción de tener la razón. En 1922 le preguntan "¿cómo desearía morir?" y contesta: "En gracia de Dios: lo deseo y lo espero de su infinita bondad" (6).

Económicamente, Antonio de Valbuena vivió, gran parte de su vida, de los dividendos que le daban las publicaciones, ediciones y reediciones de sus libros y artículos. A ello hay que añadir las rentas que le daban las fincas que había heredado en su pueblo natal, que si no le harían rico, al menos le cubrían la espalda de posibles contratiempos. Su título de abogado apenas si lo utilizó y su carrera política, brillantemente empezada en la guerra carlista, quedó truncada con el fin y derrota que en ella sufrió. Fue, por tanto, un hombre que con su talento y su trabajo supo salir adelante con la pluma en aquel Madrid bullicioso y contradictorio del último tercio del siglo XIX.

Como amistades contaba Valbuena muchas y buenas, casi tantas como enemistades. "Teniendo en altos puestos de la política buenos amigos, antiguos compañeros de periodismo", diría él en 1922. Y entre la nutrida correspondencia que se conserva, hay cartas dirigidas a Valbuena por Clarín, Rodríguez Marín, José Zorrilla, Emilio Castelar, Manuel de Allende, Antonio Andía (vicepresidente de la Sociedad Geográfica de Madrid), Alberto Aguilera y Velasco, Alberto Argüello, el cardenal arzobispo de Burgos, un telegrama del "Presidente del Consejo de Ministros a Don Antonio de Valbuena", etc., etc.

Sus últimos años los pasó en su pueblo natal, Pedrosa del Rey. Su vida de hombre maduro venía desarrollándose los veranos en Pedrosa y el resto del año centrado en su actividad literaria en Madrid. Hacia 1920, a sus 76 años, se retira definitivamente de la actividad literaria, impelido por la avanzada edad y quizás porque la Literatura seguía ahora por derroteros asaz diferentes a los del viejo y envejecido crítico. Había tenido sus grandes polémicas literarias con Manuel Cañete, con Manuel Silvela, con Julio Cejador, con Julio Casares, con Manuel Gutiérrez Nájera, Menéndez y Pelayo, la Pardo Bazán... Ahora era de todos olvidado. "Ni hubo motivos para tanto realce, ni para tan injusto olvido", diría Azorín (7).

En 1922 se le nombró Cronista de la provincia de León, con el haber de 3.000 pts. anuales, y "El Diario de León" celebró este honor publicando una "Fotografía íntima" del escritor. A partir de entonces, ya octogenario y atendido por algunos sobrinos, hijos de sobrinos que tenía en Pedrosa, y otras amistades, iba decayendo y se sobrevivía a sí mismo, cada vez más ceñido a los ámbitos locales. Y murió en su pueblo natal el 13 de marzo de 1929.

En el centenario de su nacimiento, 1944, se organizó una campaña orientada a recordar al ilustre leonés, se logró poner el nombre del escritor a una calle de la capital que aún hoy lo lleva,

(4) Publicadas en "El Diario de León" con el título de "Fotografía íntima" a raíz del homenaje que se le hizo al ser nombrado "Cronista de la provincia" en el año 1922.

(5) Chocó —sobre todo— con el obispo de León, Gómez Salazar, al que critica en sus "Ripios Aristocráticos" y en los "Ripios Ultramarinos".

(6) Declaraciones Intimas, al "Diario de León" en 1922.

(7) En el artículo ya citado.

y de "El Diario de León" la publicación, en folletón, de las poesías de Valbuena, precedidas de una cuasibiografía, obra del ilustre canónigo de la catedral de León, D. Filemón de la Cuesta.

En su pueblo, Pedrosa del Rey, recuerdan al ilustre hijo con dos lápidas en las escuelas, una del pueblo y otra de la Diputación Provincial de León, con la plaza del pueblo dedicada a Antonio Valbuena y sobre todo leyendo sus críticas, sus narraciones y cantando en la Iglesia sus poesías.

### 3. VALBUENA, ESCRITOR ILUSTRE

La actividad literaria de Antonio de Valbuena corre por tres caminos: escribe poesías en su juventud hasta el fracaso en la guerra carlista; se hace luego crítico de la vida política contemporánea y pronto comienza a simultanear su búsqueda de ripios con narraciones generalmente breves, que va agrupando en diferentes libros. En un principio fue todo ello pensado, escrito y publicado para y por la prensa periódica, si bien después, a la vez que escribía para la prensa, publicaba también libros. Su resonancia como crítico eclipsó siempre al Valbuena narrador y poeta. Y quizá sólo en su pueblo natal y comarca sea donde aún se leen y comentan más sus narraciones que sus críticas.

#### 3.1. VALBUENA, POETA

Como poeta no alcanza grandes cimas. Se le despierta el estro leyendo a Zorrilla mientras estudiaba teología en el Seminario de León y ya por entonces publica sus versos en los semanarios locales. En 1866, a los 21 años, edita su primer libro, de versos, "*Odas y suspiros*", de composiciones todas ellas religiosas. En sus años de Universidad continúa la misma línea de escribir y publicar versos en los periódicos. Su época de mayor compromiso político en la guerra carlista, está escalonada toda ella por un conjunto de composiciones de matiz patriótico-político, muchas de ellas con fecha, a raíz de sucesos que iban ocurriendo. Con la derrota y destierro se agota casi por completo su inspiración versificadora, si bien aún encontramos un sabroso librito de 497 versos, titulado "*Historia del corazón (idilio)*", y firmado en Madrid el 24 de junio de 1878, que logró 4 ediciones, algunas de lujo. Con el comienzo de la actividad crítica, cesó por completo su actividad poética: al criticar los versos de los demás dejó de escribirlos él.

La mejor colección de las poesías de Valbuena nos la ofreció D. Filemón de la Cuesta el año 1944 con motivo del centenario del nacimiento del escritor, publicadas primero en folletón y reunidas después en libro por "El Diario de León", bajo el título de "*Plumas leonesas: Valbuena y sus poesías*". Respecto al valor de dichas poesías, el mismo D. Filemón —gran admirador de Valbuena— reconoce en la "Nota preliminar" que "no se codean con las de los poetas de primera fila". Seguramente, tampoco con los de segunda.

#### 3.2. VALBUENA, NARRADOR

Como narrador logra mayor altura. También la mayoría de estos escritos vieron la luz en la prensa periódica y recogidos después en tomos. Se inició en las narraciones con los "*Cuentos de Barbería, aplicados a la política*" (1879-1880), brevísimas anécdotas que conducen todas al mismo fin: criticar, censurar a los políticos de turno, fueran liberales, conservadores, o liberales-conservadores (como dice Valbuena insistentemente).

En la "Ilustración Artística" salieron, entre 1891-92, hasta 16 narraciones que luego agrupó

con el título de "*Capullos de novela*". Tratan temas del campo, de gitanos, de alta sociedad..., con estilo sobrio, sencillo, amor a lo castizo y local. Y en 1895 otras 5 narraciones, ahora más extensas y publicadas también primero en folletón, que luego tituló "*Novelas menores*".

"*Agua turbia*", de 1900, es su única novela en el sentido normal de la palabra (si es que puede hablarse —a estas alturas— de sentido normal de novela) con unidad de personajes y de acción. Se basa en el triángulo amoroso de un joven rico que puede elegir entre una lejana prima, Isabel, llena de encantos y sencillez, que le supone la felicidad casera, la paz hogareña, y una brillante advenediza, Payito, más hermosa, más excitante, y que le supone la novedad y la aventura, pero de oscuros antecedentes. Aclarado el escabroso origen de la gran fortuna del padre (ningún río crece sin enturbiarse = Agua turbia del título) en que Valbuena se ceba amontonando robos, muertes, engaños y todo tipo de alevosías, el joven protagonista y narrador de gran parte de la novela vuelve sus ánimos, todo contrito, a la prima, que por otro lado —y debido a los últimos sinsabores— parece estar anémica y como consecuencia tísica, y que no va a llegar ni al día de la boda. Con ello, el castigado es el joven amante que, se supone, no conseguirá a esa "criatura preciosa" que le dará "toda la felicidad posible en la tierra". Valbuena hace, a través de estas 354 pgs., muchas disquisiciones relativamente marginales al desarrollo de la novela, que son, artísticamente hablando, lo más desacertado, aunque ayuden a conocer —si es que no lo conocíamos ya— el carácter e ideología del escritor.

De 1902 es "*Rebojos (zurrón de cuentos humorísticos)*", que vuelven a ser, otra vez, narraciones independientes, 23 en este caso, con mucho de lo regional y local, mucho de crítica de caciques, secretarios, alcaldes, pequeñas anécdotas populares en estilo rápido, ameno, suelto. Si no nos engañan las apariencias, es el libro que se lee más y con más gusto —actualmente— en el pueblo de Valbuena y sus alrededores.

Bajo el título "*Parábolas*", coleccionó, en 1904, otra serie de cuentos dedicados a exponer, y casi siempre a criticar, de manera enérgica y en forma alegórica a veces, de "parábola", diversos aspectos de la realidad social del momento.

Por último y como narrador publicó Valbuena en 1913, a sus 69 años, "*Caza mayor y menor*", en que habla de las cacerías que hacía con sus amigos y convecinos del pueblo. Fue siempre el escritor un gran aficionado a esas excursiones campestres en que simultaneaba el deporte de la caza y el trato con los cazadores.

### 3.3. VALBUENA, CRÍTICO

Valbuena figuró, en su momento, en los ámbitos literarios, como un crítico. Lo reconoce en la actualidad Martínez Cachero, como más arriba citamos; lo vio en su época un poeta festivo que dijo: "Una figura simpática,/ terror de vates anémicos,/ de quien aprenden gramática/ los señores académicos". Lo dicen los versos populares: "Tiene una prosa escogida,/ su fina sátira abrumba/ y donde pone la pluma/ sale un chichón enseguida".

Fueron sus críticas las que más se oyeron, las que más se reeditaron, las que más polémicas suscitaron, las que dieron a Valbuena más adhesiones —y más enemigos— y sin duda las que más tiempo le llevaron. Pero todo hecho con suma gracia, con entusiasmo por su parte, con verdadera fruición —casi malévol—. Su carácter burlón, extremoso, satírico, le conducía a esas críticas rebozadas con salsa picante, en ataque despiadado y muchas veces personal, unido al disfrute de sus ocurrencias: "Desde que cojo la pluma para escribir uno de estos artículos hasta que la dejo después de terminado, me está retozando la risa en el cuerpo y a veces no la puedo contener y me río yo solo a carcajadas" (dice en "*Ripios Aristocráticos*" pg. 170).

¿Y qué clase de crítico fue Valbuena? En las décadas del 80 y 90 del siglo pasado —las del

auge de Valbuena— no estaba muy claro lo que debía ser la crítica literaria —¿lo está hoy?— y podemos recordar los desvíos y palinodias de Menéndez y Pelayo, los palos y “paliques” de Clarín, la descalificación de Palacio Valdés que llamaba a la crítica la “murmuración elevada a la categoría de arte” o que “nunca hizo falta la crítica para que apareciesen grandes artistas”, o la idea de Juan Valera sobre una crítica que debía resaltar los aciertos y bellezas. En este mundo impreciso sobre lo que debía ser la crítica, Valbuena lo tuvo siempre muy claro, seguramente que demasiado claro. Azorín reconoce que Valbuena censuró “los absurdos de grandes escritores” y que “tal empresa es loable y digna” (8). Clarín le animó en cartas privadas y en “paliques” publicados con expresiones como: “sus artículos contra el Diccionario me parecen preciosos... y contundentes”, “es un escritor correcto, fácil, gracioso y franco que tiene dentro de sí un hombre noble, valiente, de buena fe, y un crítico de gusto delicado” (9).

Y el mismo Valbuena, ya viejo, confiesa: “No me propuse con ello ganar dinero, ni honores, ni fama, sino exclusivamente limpiar nuestra hermosa lengua, que encontré maltratada y corrompida y devolverla su nativo esplendor” (10).

La realidad es que Valbuena va mucho más allá de limpiar y devolver el esplendor a la lengua. Basta con leer un trozo de sus “Ripios Aristocráticos” o Académicos o cualquiera de sus obras de crítica para ver que no se para ante los umbrales del escritor, ni mucho menos. Buena parte de cada artículo lo dedica —ciertamente— a la crítica de los versos, crítica que normalmente no llega a gran altura. Suele ser de errores gramaticales, morfológicos, sintácticos, de significación. También sobre errores de física, de zoología, de botánica, de astronomía. Y aún más —y esto ya es reprochable— critica a la persona. “Lo que hizo mal Valbuena —dice Azorín— fue acompañar sus observaciones con burletas ofensivas”. Lo ejemplificamos: en los “Ripios Aristocráticos” dice del Duque de Almenara Alta:

“¡Qué duque tenemos para hoy! ¡Si vieran ustedes qué duque! Antes era marqués nada más, y ya escribía versos, bastante malos, pero después heredó el ducado, y naturalmente, al ascender en la escala aristocrática, ascendió también en la escala de los malos poetas.

Lo que es como mal poeta, lo es.

Pero no crean ustedes que en todo es así, porque en otras cosas es peor.

Por ejemplo, en política, que es canovista, y canovista con ribetes piadosos, o dígase liberal-conservador vergonzante.

Una vez salió diputado por... casualidad, y otra vez por... el mismo distrito.

En lo intelectual es verdad que no vale nada; pero de físico es bastante feo. Casi de sobra. Ya verán ustedes sus versos, ¿eh?... Pues un poco más todavía.

La Guía le llama duque de Almenara Alta.

A pesar de lo cual, continúa siendo bajito...” (11).

Y en los “Ripios Académicos” remeda así una estrofa de Cánovas:

“¿Quieres, ilustre Antonio,  
renunciar quieres ya del Ministerio,  
y marcharte al mar Jonio,  
antes de que el país te arme un tiberio  
que dé de tu torpeza testimonio?” (12).

(8) Según artículo más veces citado.

(9) “Palique” de Clarín en “La Ilustración Ibérica” sobre los “Ripios Aristocráticos” de Valbuena.

(10) Citado por “El Diario de León”, 15 de noviembre de 1944.

(11) Artículo VII de los “Ripios Aristocráticos”, el comienzo.

(12) Ripios Académicos”, artículo XVI.

Y como estos ejemplos, por doquier. Con lo cual no ha dicho nada literalmente hablando, pero ha ofendido mucho, en el plano personal, las "burletas ofensivas" que diría Azorín. Quizá, debido a ese estilo desenfadado e hiriente, tuvo más éxito inmediato, mayor audiencia, y sin duda por eso, sus libros terminaron cayendo en el más absoluto olvido.

Sus libros de crítica son, por orden cronológico: "Ripios Aristocráticos" (1883), "Fe de erratas del Diccionario de la Academia" (1885-88), "Ripios Académicos" (1888), "Ripios Vulgares" (1891), "Agridulces (políticos y literarios)" (1892), 4 tomos de "Ripios Ultramarinos", el I en 1893, el II en 1894, el III en 1896 y el IV en 1902. De 1899 es "Des-Trozos literarios". En 1905 "Ripios Geográficos" y en 1911 "Corrección fraterna".

No insistimos sobre los 8 tomos de los *Ripios*, sino decir que se trata de una nueva forma de agrupar sus críticas: no por épocas, ni por generaciones, ni por géneros literarios sino por el cargo o nivel social del escritor: aristócrata, miembro de la Academia, sin título, poeta de ultramar. El método en cada artículo es siempre el mismo: escoge unos versos (generalmente malos, "riposos" —eso es cierto—) que un poeta haya publicado en periódico, revista o en tomo aparte, y la labor del crítico es: primero presentar al poeta que tan malos versos hace y luego mostrar y demostrar los errores de esos versos, errores o ripios que suelen ser ciertos.

La "*Fe de erratas del Diccionario de la Academia*" es la gran obra de Valbuena, su obra preferida, la que más voces suscitó a su alrededor, tanto a favor como en contra, sobre todo la tan famosa y prolongada polémica con Manuel Silvela. Vio la luz en "Los Lunes" de "El Imparcial" y fueron 105 artículos, el primero de los cuales salió el 11 de mayo de 1885. En cada artículo va cogiendo, por orden alfabético, las definiciones que no le parecen correctas y las va criticando, corrigiendo, ridiculizando, no perdiendo ocasión para lanzar sus críticas contra la Academia y los académicos. Tanta letra y artículos y solo llegó de la letra "A" a la letra "E".

"*Agridulces (políticos y literarios)*" reúne un conjunto de artículos, no todos de crítica literaria, también política, social o de costumbres. Y con otra novedad: no todo en ellos es crítica censoria, también hay algunas alabanzas, artículos plenamente laudatorios y otros con una de cal y otra de arena. Aquí es donde habla de "Pepita Jiménez" de Valera, de "Don Gonzalo González de la Gonzalera" de Pereda, de "El niño de la bola" de Alarcón, de "Amaya" de Navarro Villoslada.

"*Des-Trozos literarios*" del año 1899 consta de 21 artículos donde vuelve al estilo de los *Ripios*, criticando a F. Balart, a Pardo Bazán, a Pérez Galdós, a Cánovas, etc.

En 1911 publica "*Corrección fraterna*" que consta de 17 artículos de diversos asuntos, no solo literarios, y en que sobresalen los dedicados a la Pardo Bazán y a Unamuno. A Unamuno le llega a llamar repetidamente "el inverosímil Rector de Salamanca", "ignorante y soberbio", "de aficiones roci-nescas"; y a la Pardo Bazán, entre otras varias cosas, le afea continuamente que en un cuento dijera que la garduña tenía alas y volaba, que confundiera las penas de daño y de sentido, que aplicara a San Pablo una Epístola apócrifa, que dijera "se vende como pan bendito" cuando es el único pan que no se vende, etc.

#### 4. CONCLUSION

Hemos intentado dar noticia de un gran leonés de hace cien años. Flojo poeta, buen narrador, afilado crítico, fue siempre correcto y amante de la corrección lingüística, literaria, social. Criticó grandes errores —allí donde los vio— en los campos más dispares: gramática, poesía, geografía, astronomía, sentido común... Pero también criticó los errores humanos, los abusos de todo tipo.

Su importancia, para las letras hispanas, está en haber sido un crítico de máxima actualidad de los más diversos aspectos y de las más diversas personas (por muy encumbradas que fueran), un desfacedor de entuertos, un escritor leído, devorado, temido y loado, un hombre honrado que ponía el dedo en la llaga allí donde pensaba que herida había.

Para León, su interés está en las obras de todo tipo que se construyeron bajo su influjo y en las narraciones de ambiente regional y local donde pinta nuestras costumbres populares. Por algo, lo que más se lee —aún hoy— en su comarca de Riaño son las narraciones de "Parábolas", "Novelas Menores", "Capullos de novela" y, sobre todo, "Rebojos".